

## DOCUMENTOS

### UN MEXICANO VISITA JAPÓN A FINES DEL SIGLO XIX

GUILLERMO QUARTUCCI  
*El Colegio de México*

El 5 de abril de 1894, desde el puerto de Tampico sobre el Golfo de México, zarpa el buque-escuela *Zaragoza*, de la Armada Mexicana, con el ambicioso objetivo de dar la vuelta al mundo, llevando a bordo a los aprendices de marinos que constituyen parte de su tripulación. Tres años después, a mediados de abril de 1897, arriba al puerto de Veracruz, también sobre el Golfo de México, con el objetivo cumplido. En total, 51 mil millas marítimas por mares desconocidos. El presidente mexicano, el general Porfirio Díaz, no puede ocultar su satisfacción: México ya puede ufanarse de engrosar la lista de las naciones modernas e ilustradas del orbe.

En esta aventura, además de los hombres que la llevaron a cabo, los protagonistas principales son dos: uno silencioso, el buque; el otro muy locuaz, el médico de abordaje que consignó detalladamente todo cuanto veía y experimentaba a su paso por tierras lejanas y desconocidas.

#### El buque

El barco, el *Zaragoza*, había sido construido por orden del gobierno mexicano en 1891, en los astilleros franceses de "La Forges et Chantiers de la Méditerranée", en Le Havre. Era un cañonero de casco de acero, con espolón de bauprés, propul-

sado indistintamente a vela o a máquina de vapor, dotado de seis cañones Schneider Cannet de 10 centímetros y dos ametralladoras Hotchkis de 37 milímetros. En apariencia un buque de guerra, estaría destinado, sin embargo, a servir de buque escuela durante la mayor parte de su vida, hasta que, viejo e inservible, fue desarmado y echado a pique frente a Veracruz hacia fines de los años veinte. "Siempre a la hora" era el lema grabado con letras doradas en el bao de la proa, y en efecto, siempre había estado presente cuando las circunstancias así lo requirieron.

Su primera misión, recién salido de la fábrica, se produce el 12 de octubre de 1892, cuando con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, la reina María Cristina de España lo designa escolta de su yate real en las ceremonias que tienen lugar en el puerto de Palos y lo honra en una ocasión con su visita.

Ya en América, el *Zaragoza* emprende dos viajes: uno a Nueva Orleans y el siguiente de nuevo a Europa, a su casa natal, Francia, hasta que le llega la oportunidad de su vida al ser designado el primer buque mexicano que habría de hacer un viaje de circunnavegación. El 5 de abril de 1894 parte de Tampico, se interna en el Caribe y el Atlántico y, recorriendo la costa de América del Sur atraviesa el estrecho de Magallanes. Ya en el Pacífico, enfila de nuevo hacia el norte para arribar al puerto de Acapulco el 29 de julio de 1895. El canal de Panamá era entonces solamente un proyecto.

El 23 de abril de 1896 el *Zaragoza* sale del puerto de Guaymas, en el Mar de Cortés, rumbo a Oriente, bajo el mando del comodoro Ángel Ortiz Monasterio. Después de visitar San Francisco, se interna en el Pacífico: Hawai, Japón, Hong Kong, Singapur, India y Egipto son sus escalas. Atravesando el canal de Suez, ingresa al Mediterráneo, llega a Francia y, después de ser objeto de reparaciones en este último país, se dirige al Atlántico para arribar a Veracruz en abril de 1897. A partir de esta fecha, y hasta su desaparición, el *Zaragoza*, que había circunnavegado el planeta, habrá de quedar confinado a un único espacio físico: el Golfo de México. En 1904 sufre

algunas modificaciones en su arboladura y un año después forma parte de la escuadrilla que acompaña al general Porfirio Díaz en su visita al estado de Yucatán, entonces muy próspero, invitado por su gobernador.

A partir de la Revolución mexicana, en 1910, el destino del *Zaragoza* se vuelve incierto. El 16 de octubre de 1914, se pone del lado del gobierno constitucional del presidente Gustavo Madero y colabora en el aplastamiento de la insurrección encabezada por Félix Díaz, sobrino del derrocado Porfirio Díaz. El 21 de abril de 1914, con el desembarco de las tropas invasoras de Estados Unidos en Veracruz, el *Zaragoza*, que se encuentra en Tampico, calla sus cañones ante la apabullante superioridad material del enemigo.

En agosto de 1914, con el triunfo de la revolución constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza, el *Zaragoza* es destinado a otro puerto del Golfo de México, Coatzacoalcos. Desde allí, a fines de ese mismo año, se dirige a Yucatán, en donde participa del bloqueo que pone fin a la rebelión en contra del gobierno central dirigida por Benjamín Argumedo.

Finalmente, el 5 de diciembre de 1923, el *Zaragoza* participa del levantamiento contra el gobierno del general Álvaro Obregón, encabezado por Adolfo de la Huerta y Guadalupe Sánchez, el cual concluye el 8 de abril de 1924 con la rendición de los rebeldes. Pocos años más tarde, su destino es sellado al ser desmantelado y echado a pique frente a las costas de Veracruz. ¡Curioso destino el de este barco! La primera mitad de su vida la dedicó a plasmar el lema de "Gloria e ilustración" con que el gobierno del general Díaz intentaba colocar a México en el concierto de las naciones avanzadas. Sin embargo, a partir de la Revolución mexicana, le tocó participar en los diferentes bandos que se disputaron el poder por espacio de dos décadas en un país convulsionado.

## El hombre

Durante su recorrido por el continente americano, el *Zaragoza*, comandado por Reginald Carey Brenton, de origen inglés, contó con el médico de abordaje, como cronista de la aventura. Su diario de viaje fue publicado con el título de *La gaviota*, y por medio de él nos enteramos de las peripecias sufridas por el barco y los tripulantes durante los tres meses que duró la travesía. Sin embargo, es el médico de la misión a Oriente, el doctor Carlos Glass, quien con su crónica nos permite compartir más intensamente las experiencias vividas en tierras tan ajenas a México como son Asia y el Medio Oriente. Sus impresiones del viaje fueron recogidas por la revista semanal *El Mundo* de la ciudad de México, a partir del domingo 6 de agosto de 1897 y por espacio de varias semanas. El título de la crónica es "Apuntes sobre el viaje alrededor del mundo de la corbeta Zaragoza recogidos por el doctor Carlos Glass, médico de la Marina mexicana, 37 000 millas sobre los mares". A diferencia de *La Gaviota*, se trata de una crónica detallada, no sin cierto valor literario, que nos transmite información muy valiosa acerca de cómo un mexicano de fines del siglo XIX observa realidades totalmente ajenas a su sensibilidad, de un mundo todavía desconocido y lleno de misterio.

Del doctor Carlos Glass es poco lo que se sabe. No es posible encontrar su nombre en ninguna enciclopedia ni diccionario de nombres mexicanos y, al parecer, son sus impresiones del viaje alrededor del mundo las que legaron su nombre a la posteridad. Si los datos biográficos se nos escapan, no sucede lo mismo con su temperamento y naturaleza civilizados, muy propios de la época que le tocó vivir. Como funcionario del gobierno de Porfirio Díaz, compartía el optimismo en el progreso de la humanidad, en la infalibilidad de la ciencia y en el sentido de la palabra *ilustración*, tan en boga entonces en los círculos del poder alrededor del mundo, especialmente en los países que, como México y Japón, aspiraban a convertirse en potencias.

Pero no era solamente el carácter civilizatorio y "cien-

tífico” de la aventura del *Zaragoza* lo que animaba al doctor Glass. También se observa en su narración el gusto por la observación delicada y el intento por captar, a pesar de las obvias diferencias, las características sobresalientes de sociedades totalmente ajenas a los valores europeos, considerados entonces universales. No siempre resulta triunfante en la empresa y en numerosas ocasiones se le escapa el comentario descalificatorio —a la manera de Pierre Loti, a quien conocía bien y a quien cita incluso hacia el final del relato— frente a patrones culturales que escapan a la órbita de la visión, entonces de moda en América, que igualaba a Europa, y sobre todo a Francia, con “progreso”. Hombre de su época al fin, no deja de manifestar sus prejuicios. Pero el romanticismo exaltado, el sentido de la galantería —constantemente invoca a sus “amables lectoras”— y la afición por un “orientalismo” muy a tono con la época, hacen de su relato un documento de cierto valor literario, además de testimonio de primera mano de uno de los pocos mexicanos que pisó suelo asiático en el siglo XIX.

Como en esta presentación sólo se hablará de sus impresiones acerca de Japón —por ser éstas las más extensas y minuciosas—, bien puede decirse que el relato del doctor Glass, que no se ha vuelto a publicar desde su aparición, es un trabajo pionero en lo que décadas más tarde habría de nominarse, un tanto composamente, “japonología”.

### El país del Sol Naciente

El relato correspondiente a Japón (“el país del Sol Naciente”, en palabras del doctor Glass) integra, junto con el de China (“el Celeste Imperio”), la segunda parte del trabajo. En 20 apretados capítulos, iremos develando, junto con su autor, las rarezas, misterios y maravillas de la Tierra del Crisantemo.

Hay que recordar que Japón estaba viviendo con efervescencia el optimismo de las primeras tres décadas de la Renovación Meidyi, y que en el momento de la llegada del *Zaragoza*

a sus playas, el primero de agosto de 1896, la guerra con China acababa de concluir con el triunfo japonés. Lo que el doctor Glass encontró fue, entonces, un país pujante y en pleno proceso de expansión que, no obstante haber abrazado con éxito la ciencia europea, seguía mostrando características peculiares que muchas veces parecían contradecir ese progreso. Esta contradicción que sigue intrigando a los observadores actuales, ahora que Japón se ha convertido en objeto de interés del mundo, ya estaba presente en los agudos comentarios del doctor Glass emitidos hace casi un siglo.

Básicamente, son cinco los planos en los que se mueve el doctor Glass al hacer sus observaciones: la gente, las costumbres, la naturaleza, las ciudades y los lugares de culto. En esto no se aparta esencialmente de los relatos de otros viajeros de la época, y el modelo de descripción a la Pierre Loti —quien marcó con su estilo la percepción del Oriente de fines del siglo pasado— se respira casi todo el tiempo. No obstante, el doctor Glass, como médico y funcionario de un gobierno empeñado en hacer de México un país “moderno”, presta especial atención a aspectos relacionados con el avance material de Japón que a escritores profesionales, más cuidadosos del aspecto “literario” de su relato, le pasan a veces desapercibidos. Por ejemplo, como médico de la marina de guerra mexicana, no puede menos que referirse con admiración y en reiteradas oportunidades al triunfo de Japón en la guerra contra China de 1894-1895. Además, el ejemplo de Japón como un país no europeo que se moderniza capacitando a su gente en el extranjero o con extranjeros llevados a Japón, pero con recursos propios, es un ejemplo que sin duda resultaba interesante para un México que aspiraba a algo semejante, los adelantos que observa en astilleros y hospitales no pueden menos que deslumbrarlo. En visita oficial a la base militar de Yokosuka, admirado de la intensa actividad desplegada allí, apunta:

Fondeaban en la bahía diez acorazados japonese, construíanse tres y reparábanse otros muchos capturados a los chinos en la última guerra contra el Imperio de Confucio. No sirvieron de amables cicerones los

oficiales de la marina japonesa y dos ingenieros también japoneses, uno educado en Inglaterra y el otro en Francia. [...] Bajo grandes pabellones de ladrillo y láminas de zinc, repartidos con el mayor orden, estaban los talleres, fraguas, fundiciones, carpintería, soldaderas, tornería de piezas de acero, armadores, y después las inmensas jaulas de fierro donde se construyen los cascos de los buques, militar y estrictamente reglamentado todo: notábase orden, aseo, actividad, regido todo por avezados marinos y por ingenieros japoneses: no se advertía la mano del extranjero sino en la instalación, en la idea primitiva y nada más. El resto lo hacía ese gran pueblo, a quien en mucho tiempo se creyó por su modestia, humilde apariencia y tipo étnico, incapaz de civilización. En la playa, diques secos, ocupados por barcos en carena, aumentaban a tal grado el trabajo, que no pudo arreglarse allí la limpieza de nuestra corbeta.

Con motivo de su visita al Departamento de Medicina de la Universidad Imperial de Tokio señala:

Amante curioso de mi profesión, me dirijo a la escuela de Medicina: el edificio, aún en construcción, será dentro de poco un local digno de su elevado objeto. Hoy es de madera todo el antiguo edificio; el profesorado es alemán y ese idioma es el que se habla en el interior de la escuela; el número anual de alumnos no debe pasar, por orden superior, de cien, y el plan de estudios es, con muy corta diferencia, igual al nuestro; existen museos y laboratorios necesarios para el estudio de las ciencias médicas.

Por lo tanto, puede asegurarse que la medicina en el Japón está a la altura de los países civilizados y cuenta con todos los elementos que la ciencia exige para sus investigaciones.

Por último, redondea sus ideas afirmando con entusiasmo:

[...] entré a las aulas científicas, a los arsenales, etc.

Allí se palpa el contraste extraordinario, el empuje soberano de una raza disímbola y contradictoria, pero en vía de un progreso tan eficaz, que camina rápidamente a su engrandecimiento y alcanza en la actualidad el primer lugar entre los pueblos de Asia.

La primera impresión que produce el Japón es la de un pueblo de monigotes incivilizados; se estudia, y entonces aparece tal como es: grande, ilustrado, inteligente, trabajador, virtuoso, valiente y susceptible de abarcar en todo tiempo la civilización más grande y el adelanto más notable en todos los ramos del saber humano.

## La gente

Es verdad que la primera impresión que causan al doctor Glass los japoneses es de "incivilizados". Al entrar al puerto de Yokohama observa:

En el mar ya tranquilo, veíanse estrambóticas lanchas de junco con velas de bambú, donde se agitaban algunos japoneses casi desnudos que nos miraban azorados, a través de sus ojos de gato.

Había millares de esas embarcaciones con numerosa población flotante; cada junco tenía a lo menos seis u ochos individuos, unos completamente desnudos, otros cubiertos con su *kimono*, especie de bata azul con signos cabalísticos dibujados en la espalda; pelones todos y amarillos como la ictericia.

[...]

Al entrar, como hormiguero, como enjambre de abejas humanas, dejábase venir un compacto grupo de *sampans* (botes) tripulados por endiablada turba de desarrapados, gritando, aullando y, queriendo subir al barco por todas partes, hubo necesidad de armar las bombas de agua para ahuyentar a aquel verdadero tumulto japonés.

En ocasión de viajar en un tranvía atestado en Tokio, la irrupción de dos inglesas, paradigma de lo civilizado, provoca en nuestro narrador la siguiente descripción:

Efectivamente, suben al tren dos elegantes señoritas, contemplan el grupo de pasajeros, su desnudez, sus posturas símicas sobre los asientos y en el piso, y un gracioso gesto manifiesta su repugnancia. Por fin, se sientan, mientras los otros concurrentes se agrupan en el rincón opuesto y con sus miradas de gato y las bocas abiertas, contemplan con expresión singular a las simpáticas hijas de Albión, que, por su parte, rien de buena gana.

Después de visitar el Palacio Imperial, en el centro de Tokio, y de describir con minuciosidad sus pabellones, jardines y murallas, se refiere al pueblo japonés no de manera especialmente halagadora:

Fuera de esta gran muralla, allá está la población puramente japonesa que pulula y se divierte, que grita, que vive, en fin, como un pueblecito de locos o desequilibrados con su aspecto de miseria y su carácter aparentemente imbécil.



Parecería como si el doctor Glass, después de un esfuerzo consciente de halago al pueblo japonés, cayera en la actitud más cómoda de la detracción. Mención aparte merecen las descripciones de las mujeres. Hay muy pocas diferencias entre lo que observan Loti y Glass. Dice éste de una muchacha que trabaja en un baño público:

De una puerta achaparrada que comunica con las piezas interiores, deslizándose sobre la estera de bambú sin hacer el más leve ruido, sale una *musume* (muchacha) pequeñita como una criatura de diez a once años, gorda, con la proverbial sonisa que hace desaparecer sus inclinados ojos en los redondos promontorios de sus mejillas pálidas; llama la atención su alto y estrambótico peinado de azabache, lustroso como una pieza recién barnizada; su *kimono* (vestido) verde, con grandes flores azul y rosa, su *obi* y sus enguantados calcetines de inmaculada blancura.

Después de una reverencia que la hizo inclinar casi hasta el suelo, me preguntó en mal inglés, ¿*bas?*, en lugar de *bath*; contestéle afirmativamente y, acto continuo, con habilidad extraordinaria, toma como con pinzas entre el dedo grueso de sus pies y sus otros zapatos de palo.

Al visitar una casa de té, nuestro narrador comenta acerca de las mujeres que salen a su encuentro:

Primero sale la mujer de más edad, con su negra dentadura, después las más jóvenes, también con dentaduras oscuras que les da un raro aspecto; en seguida, las *musumes* risueñas y ágiles, con sus altos peinados negros, los pedazos de su frente estrecha, sus ojos más pequeños todavía, entran una por una, dejando sus zapatos a la puerta.

Finalmente, el doctor Glass aventura una interpretación de la psicología de la mujer japonesa, que contradice la imagen apasionada de la Butterfly de Puccini:

Extraña impresión la que produce la mujer japonesa, enfática, sin pasiones, sin amor, sin las voluptuosidades de las otras razas [...] Insensible la mujer niponesa a los arrebatos de la pasión, no siente ni el odio ni el cariño, ni la admiración ni el desprecio: es una especie de autómatas, sencilla, cándida, sin ideas del pudor, pero sin embargo dócil y blanda a la dirección que se le da. Será fiel si se le manda la fidelidad; cometerá los mayores delitos si se le infunden ideas perversas; cuidará de sus hijos o los dejará morir sin que una lágrima nuble sus

ojos, según las órdenes de su dueño. ¡Raro y extraordinario tipo el de la mujer japonesa!

A la manera del Pinkerton de Puccini, varios marineros del *Zaragoza* se han unido temporalmente a mujeres japonesas, para separarse de ellas con la partida:

Empezamos a sentir tedio por este país; ya hay entre la oficialidad algunos que han contraído matrimonio, pero se divorcian luego. Es difícil acostumbrarse a la vida monótona e interminable al lado de una *musume* que ríe mucho, habla poco y se la entiende menos.

### Las costumbres

En numerosas ocasiones, el doctor Glass hace referencia a costumbres que le resultan ajenas, aunque no desprovistas de encanto, como el uso de los palillos para comer, de los *gueta*, así como de dejar los zapatos a la entrada de la casa. De este hábito y de los *gueta* nos informa por medio de una complicada descripción:

Se compone cada uno de una lámina de madera ovalada, de una doble cinta unida a la extremidad anterior, terminando pegada a los costados de la misma lámina; en la planta llevan dos paralelas y perpendiculares a la primera, una hacia la punta del pie y otra al nivel del talón; estos zapatos los usan de la puerta de sus habitaciones afuera y se dejan siempre en los dinteles; de modo que cuando queráis saber cuántas personas hay en el interior de una casa lo podéis averiguar por el número de zapatos que haya a la puerta.

Del uso de los palillos oímos lo siguiente:

Entreteníanse en comer arroz, que devoraban, empujándolo en la boca con unos palitos que llevaban con la mano y, con suma habilidad, hasta la garganta.

También hay referencias a los hábitos alimenticios, al gusto por el *sake*, el tabaco y el té verde:

[...] nuestros *kurumas* [dyinrikisha] están cansados a pesar de que en nuestros grandes ocios han engullido buenos platos de arroz con pescado crudo y tazas de jejbire y de *sake* (vino de arroz).

[...]

Entonces vi que todos sacaban su pipa y le ponían una bolita de tabaco. Fumaban de prisa, pero como era muy pequeña la capacidad de las pipas, a poco tenían que reprenderla, y con gran habilidad sacaban una bolita de fuego que sostenían en la mano, mientras surtían la pipa de nuevo.

Respecto al té japonés, el docto Glass, hombre de cultura europea al fin, cuenta entre encantado y decepcionado lo siguiente al referirse a la recepción oficial que se les ofrece en Yokosuka:

En el salón de recepciones se nos sirvió, antes de comer, espléndida taza de té verde, costumbre japonesa que nos agradó mucho, aun a los que hubiéramos deseado algún aperitivo espirituoso.

Mucho impresionó al doctor Glass la vehemencia con que se divierten los japoneses:

Amante de la diversión, gasta su tiempo en los *boulevards* y *yoshiwaras*, y hasta muy entrada la noche se retira al descanso para entregarse desde muy temprano al trabajo.

De la contracción entre modernismo y tradición que observa en el Japón de Meidi, el doctor Glass comenta:

[...] sus habitantes indígenas guardan sus costumbres de hace cien años y aun cuando se mezclan con los extranjeros, se sirven de ellos y copian de ellos lo mejor y lo más útil: dejan en el dintel de sus casas todo lo exótico y aceptan lo propio de su país en habitaciones, alimentación, vestuario, religión y vida interior. Pueblo de los contrastes más raros, de las costumbres más estrambóticas, le ha valido el nombre de *mundo al revés*. El Japón ha sido y será para el mundo entero la sorpresa más grande, la maravilla más curiosa.

Palabras del doctor Glass que suenan a profecía.

### La naturaleza

La entrada a Japón del *Zaragoza* se efectúa por el puerto de Yokohama. Todavía en alta mar y a varias millas de la costa, lo primero que observan los viajeros es la silueta del monte Fuji recortada majestuosa en el horizonte, en una descripción que nos recuerda a la célebre ola de Hokusai frente a la costas de Kanagawa como vista a través de la lente de Pierre Loti:

Al toque de diana, siguió el imperioso toque de babor y estribor de guardia, que es el llamamiento de todo el mundo a prestar sus servicios y colocarse en el puesto que le corresponde: teníamos ya a la vista la poética y fabulosa tierra del *Crisanthemum*.

A estribor, un cono elevado hasta perderse en las nubes sobresalía majestuoso de una cordillera alta e irregular, sobreada de verde oscuro, destacando sus desgarradas siluetas sobre el cielo teñido de gris: era el sagrado volcán del Fuji Yama.

No pasan desapercibidas al ojo avizor del doctor Glass la mano del hombre que desvía el curso de la naturaleza, como las extrañas formas que ostentan los árboles:

[...] árboles de figuras artificiales figurando monstruos y animales abortados, sorprendidos en su desarrollo, enanos por la fuerza inteligente y produciendo, sin embargo, hermosas flores y sazonados frutos.

[...]

Sólo en el Japón se ve cosa semejante: allí todos los árboles y plantas reciben y ostentan formas caprichosas a voluntad de los horticultores; hacen con el follaje rombos, esferas, figuras de todas clases, animales entre los que predomina el dragón. Para simular esta fiera clásica del Japón se valen de las plantas trepadoras; así es que la tenéis de todas formas y adornada de todos los colores que le prestan la variedad de flores que, al brotar de la mezcla de especies que concurren a su formación, cubren el cuerpo del monstruo con caprichosas manchas multicolores que sólo el arte japonés conoce.

No hay planta, por pequeña que sea, que no sea cuidada con todo esmero.

Desde el vehículo que lo conduce a la base de Yokosuka, el doctor Glass observa la campiña japonesa, donde junto a los

cultivos se destacan los signos de la pujanza del Japón que entra a la modernidad.

Cuatro horas a través de un camino pintoresco, entre sembrados de té, algodón, viñas, moreras para la cría del gusano de seda, arrozales y bosques de pinos y mil otras plantas que adornan y sombrean todo el terreno cultivado, cruzando túneles y atrevidos puentes, nos bastaron para llegar a Yokosuka.

En su viaje a Nagasaki, el *Zaragoza* debe atravesar el Mar Interior. El doctor Glass no puede menos que maravillarse ante la belleza del paisaje, aun a sabiendas de que detrás de él se oculta el horror de los terremotos.

Muy pronto levaremos anclas e iremos a Nagasaki, en la isla de Kyushu; visitaremos el puerto más meridional del gran Imperio; cruzaremos el Mar Interior, formado, tal vez, por sacudimientos volcánicos y espantosos terremotos que desgarran el terreno, formando numerosas islas y canales con una extensión de mil quinientas millas.

¡Qué hermoso espectáculo! La luna se oculta a veces tras negras nubes y otras brilla en todo su esplendor. Los canales son verdaderos estrechos que se ligan, se separan, se apartan para unirse de nuevo: las islas son como picachos de cordilleras inundadas.

El terreno de formas caprichosas, los paisajes hermosos casi se tocan con la mano. Aquí se mira un manto de carbón, en medio de bosques seculares; allá, una rampa blanquecina, por donde suben y bajan mil carretillas conduciendo material de construcción; allá, un pueblo de pescadores que refleja en el agua el sagrado color rojo como las llamas del infierno: allá, las oscuras bocas de profundas cavernas, que dilatan sus fauces como monstruos apocalípticos; más allá, desgarradas montañas de lava y granito, o macizos basálticos simulando gigantescas construcciones titánicas; y en los canales, y volviendo sin cesar en laberintos sin salida, parece estar uno en el centro de un gran panorama que gira sin descanso, ofreciendo a la vista un caleidoscopio mágico y arrobador.

Muy en el espíritu de la época y haciéndose eco de los excesos de la prosa modernista, de boga entonces en la América hispánica, el doctor Glass nos da una visión bastante convencional del paisaje japonés, muy similar a la de Loti.

## Las ciudades

En la descripción de las ciudades japonesas el doctor Glass nos da un testimonio preciso de su arquitectura y del dinamismo que las anima. El ajetreo de las calles, pobladas de *richshaws* y de tranvías, y de la febril actividad de la gente, constituyen un cuadro muy exacto de lo que debió haber sido el Japón de Meidi, después de la guerra ruso-japonesa. No escapan a su ojo los contrastes entre la arquitectura europea y la tradicional japonesa. De Yokohama, puerto donde residen muchos extranjeros, nos informa:

Era un movimiento comparable al de San Francisco o, quizá superior; en la playa, elegantes y suntuosos edificios europeos en medio de arboledas sombrías, dábanle un aspecto hermoso; y en las únicas calles que se podían distinguir rodaban carretelitas arrastradas por un hombre cubierto con sombrero blanco o negro en forma de jícara invertida [...] Bien delineada la población, hácese la división palpable por la naturaleza misma de los edificios: en el barrio europeo todos son de manpostería y se elevan majestuosas las grandes construcciones; en la ciudad japonesa todo es madera, tejas de papel, calles angostas, puertas achaparradas, pisos de acolchonada estera de bambú, encrucijadas inextricables, sube y baja de callejones[...]

Alumbrada la población por luz eléctrica y por innumerable multitud de faroles de papel de todos los colores y tamaños, toma de noche un aspecto gracioso, y si a esto se agrega el modo de vestir de los japoneses y sus zapatos de palo, que arranstrándolos al andar producen un ruido especial, se comprenderá la magia y el encanto que a primera vista proporciona todo un pueblo raro, descomunal, artístico, *sui generis*. [...]

Mientras tanto, desfilan ante la vista innumerables casas, todas iguales de aspecto, negras por fuera, albeando de limpieza por dentro: unas más chicas que otras, pero siempre idénticas.

Las calles comerciales y el interior de las tiendas son descritos con igual vivacidad, aunque a veces la descripción se vuelve confusa:

Repetidas veces solía pasear por el *bentendori*, calle del comercio; [...] guiados por los objetos mismos entrábamos a curiosear y comprar lo que a nuestro alcance estuviera: sedas, *cloisonés*, lacas, trabajos en bronce,

madera y marfil; bordados, objetos de cristalería, relojería, etc., etcétera.

Figuráos un jacalón cuyo piso se levanta del suelo como media vara y llega a corta distancia de la puerta, sin mostrador, sin nada más que esa plataforma. Entráis a comprar cualquier objeto, tomáis asiento sobre el borde de la tarima y así podréis ver sobre el piso tendidas todas las mercancías que buscáis.

No podían faltar entre las descripciones del doctor Glass una visita a una casa de té, a un restaurante y a un teatro de variedades, lugares típicos de *shitamachi*. De la casa de té rescata el ambiente de algarabía producto de una gran cantidad de meseros y el ambiente musical que describe así:

[...] al último traen el *shamisen* (especie de guitarra), unos tamborcillos de madera y cuero y unos palos que, al golpear uno con otro, producen un ruido metálico, constituyendo la orquesta japonesa. [...] bailan haciendo mil contorsiones caprichosas, manejan la careta con maestría y todo esto acompañado de una música contundente que hierre los oídos y os divierte hasta cierto punto pero os cansa muy pronto.

Del barrio de las diversiones se nos da la siguiente descripción, que muy bien podría ser actual:

[...] Las puertas de los teatros se ven llenas de gente que entra y sale, y por dondequiera se oye música japonesa, con palos, tambores y *shamisen*. En la calle, el crac-crac de los zapatos, el gesto incesante de los *kurunas*, el pito plañidero de los ciegos que hacen el masaje al aire libre, el arrastrar de las rondelas de lata de los policías, se mezclan confusamente, produciendo en los sentidos la impresión de algo desconocido y con remedos mitológicos. [...] ¡Y cómo resalta en ese baratillo el albeante traje de los europeos radicados o de paso en el Japón!

En una obvia referencia al *kabuki*, aunque sin denominarlo así el doctor Glass nos habla del teatro japonés:

Gústale también al pueblo japonés el drama y la comedia *sui generis*: no copia para ello nada del extranjero, y tiene sus autores y poetas dramáticos que interpretan tan bien el idilio como el sainete y la tragedia. Hay una cosa extraña: la mujer nunca representa sus papeles, lo hacen en su lugar hombres disfrazados con trajes de carácter.

### Los lugares de culto

No podía faltar en el relato del doctor Glass la referencia a los templos budistas y santuarios shintoístas, así como la descripción de una ceremonia de incineración. Los sentimientos que esta última provoca en un alma cristiana sirven a nuestro cronista para expresar rotundamente sus ideas acerca de una cultura diferente a la europea prevalente en el mundo de entonces:

La cremación está en uso desde hace mucho tiempo: tienen magníficos hornos, pero en esto, como en todo, al lado de la cultura se encuentran muestras de la barbarie.

En síntesis, la visión del doctor Glass no escapa a los estereotipos de la época. Sin embargo, hay en él, como ciudadano de un país —México— que busca integrarse al mundo moderno, con problemas similares a los de Japón, una voluntad de observar sin juzgar y un esfuerzo por ser objetivo que lo colocan más cerca de la realidad japonesa que la mayoría de los viajeros provenientes de Europa que visitaban Japón por entonces. En la despedida, entre palabras grandilocuentes y saludos retóricos, el doctor Glass sintetiza sus sentimientos y hasta expresa un consejo que habría de resultar profético:

¡Adiós quizá para siempre país tantas veces soñado! [...] Tienes todo mezclado, pero bruscamente, sin medias tintas, sin penumbras ni claro oscuro; eres salvaje puro o civilizado franco. [...] Deseo que te engrandezcas, pueblo japonés, pero quédate en tu territorio, que es donde vives: no salgas de él porque perderías el encanto que posees.

En cuanto al buque-escuela *Zaragoza*, cuya mayor gloria fue haber dado la vuelta al mundo cuando todavía era difícil hacerlo, le esperaba un destino azaroso, tan agitado como las primeras décadas del sigloXX.



**BIBLIOGRAFÍA**

- Bonilla, Juan de Dios, *Apuntes para la historia de la Marina Nacional*, México, S/E, 1946.
- Cárdenas de la Peña, Enrique, *Educación naval en México*, vol. I, México, Secretaría de Marina, 1957.
- Glass, Carlos, *Apuntes sobre el viaje alrededor del mundo de la corbeta "Zaragoza"*, publicado en el semanario *El Mundo de México*, a partir del 6 de agosto de 1897.
- Loti, Pierre, *El Japón*, Barcelona, Editorial Cervantes, 2a. ed., 1931.
- Loti, Pierre, *Madama Crisantemo*, Barcelona, Editorial Cervantes, 2a. ed., 1931.

